Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral
de Zamora

LAS ALMAS SANTAS

Segunda edición

Oyen el lenguaje de Dios, y no
los del mundo, carne y demonio.

Audi, filia, et vide... (Sal. 45,11)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34. Sevilla-3

D.L.: B-18851/96
I.S.B.N.: 84-7770-299-3

Imprime: **APSSA, S.L.**
Roca Umbert, 26 Nave
08907 L'Hospitalet de Ll. (Barcelona)
Impreso en España • Printed in Spain

EL POR QUE DE ESTE LIBRO

San Juan de Avila es el autor de un libro titulado AUDI FILIA, el que escribió para doña Sancha Carrillo, y que ella leía constantemente y lo estimó tanto, que le llamaba «mi tesoro».

De este libro dijo el Cardenal «Astorga», arzobispo de Toledo, que había convertido más almas que letras tiene, y el rey Felipe II lo estimaba tanto que de él se valía para consolarse en sus enfermedades, y decía que era todo grano. Pues bien, yo diré que después de haberlo leído, me ha parecido oportuno, en atención a los que no disponen con facilidad de los libros de San Juan de Avila, dar a conocer a todos su contenido, especialmente a las almas que aspiran a la perfección y a las consagradas a Dios, que son a las que se dirige, a fin de que estén atentas al lenguaje de Dios y eviten el oír los lenguajes del mundo, de la carne y del demonio y se apliquen los remedios contra ellos, si es que desean ser almas santas.

Mi trabajo, con pequeñas variantes, se reduce a exponer las ideas del Santo Avila y en su mayor parte con sus mismas palabras, y sólo en su comienzo indico a la juventud cómo para saber vivir, ha de aprender a ver, oír y hablar rectamente y así tener luego en cuenta las enseñanzas del Santo.

Pareciéndome muy útil, en atención a los muchos que no conocen la egregia personalidad del Maestro Avila y la excelencia de su doctrina y virtudes, que

estaría bien dar unos rasgos de su vida y lo mismo de doña Sancha Carrillo a la que él dirigió el libro AUDI FILLIA, me decido a poner a continuación lo más sobresaliente de sus vidas, porque juzgo que de esta manera su conocimiento contribuirá a dar mayor estima y autoridad a su persona y a sus escritos.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 1 octubre 1983

DOS BIOGRAFIAS EDIFICANTES

¿Quién fue San Juan de Avila?

Nació el 6 de enero de 1500 en Almodovar del Campo (Ciudad Real). Murió el 10 de mayo de 1569 en Montilla (Córdoba) donde se guarda su sepulcro. Estudió leyes en Salamanca, y Artes en Alcalá de Henares. Se ordenó sacerdote en 1526. Celebró su primera Misa invitando a doce pobres, a los que lavó los pies y sirvió él la comida. Luego vendió su hacienda y la distribuyó entre los pobres. Estaba dispuesto a ir a misionar a América, y el arzobispo de Sevilla le aconsejó misionara en Andalucía, y predicó en Sevilla, Ecija, Córdoba... y fue llamado «Apóstol de Andalucía». «Sus sermones —dice un biógrafo— no arrancaban aplausos, sino lágrimas».

Menéndez y Pelayo dijo de él: «Orador de los más vehementes, inflamados y persuasivos que he visto en el mundo».

Santo Tomás de Villanueva dijo: «Desde los apóstoles acá no sabía quien hubiera hecho más fruto que el Maestro Avila».

Fundó una Universidad en Baeza y el Papa lo llamó: «Clérigo de Córdoba, Maestro en teología y predicador insigne de la palabra de Dios».

Fundó centros eclesiásticos y Seminarios y formó más de un centenar de misioneros, y son muchos sus discípulos insignes...

Con grandísima humildad renunció a la mitra de Segovia y al arzobispado de Granada, y luego al capelo cardenalicio que le ofreció Paulo IV.

Convirtió con sus sermones a dos que luego fueron Santos: San Juan de Dios y San Francisco de Borja... y se vio rodeado de santos que buscaron su dirección, como San Pedro de Alcántara, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de Ribera y otros.

Se ha dicho que «tiene méritos para ser declarado doctor de la Iglesia, y ser reconocido como doctor de doctores».

Fue «un hombre todo sobrenatural y divino», y decían las gentes: «Este hombre, con sólo verlo, nos edifica».

Fue Maestro de santos, convirtió a muchas almas, y una de ellas Doña Sancha Carrillo, de la que hablo a continuación, y sus escritos están llenos de admirable doctrina. Su vida y escritos, los ha recogido la B.A.C. en seis tomos.

¿Quién fue doña Sancha Carrillo?

Uno de los pueblos que primeramente misionó el llamado Maestro Avila, fue Ecija, y fue tan copioso el fruto de sus predicaciones que el demonio trató de impedirlo de muy diversos modos, incluso hasta lograr llevarle a la Inquisición.

Al empezar un día su sermón estuvo a punto de derribarse el púlpito y tuvieron que asegurarle. El P. Avila dijo por todo comentario: «Mucho fruto se ha de hacer hoy, pues tanto empeño pone el demonio en

impedirlo». Y no se equivocó, pues, como dice uno de sus biógrafos, «se encendió con tan gran fuerza y espíritu, explicando un lugar de San Pablo, que muchas personas del auditorio vieron salir de su boca como centellas de fuego que iban dirigidas a ciertas personas, y a quienes tocaban tuvieron después gran mudanza de su vida».

Limitándome a la conversión de doña Sancha Carrilo, diré que era una joven de dieciocho años, hija de los poderosos señores de Guadalcázar, don Luis Fernández de Córdoba y doña Luisa Aguilar. Esta joven, de prendas extraordinarias en hermosura y talento, pero llena también de ilusiones propias de su edad y posición, había sido nombrada dama de la emperatriz Isabel, cargo que le sirvió para aumentar su vanidad de tal modo que no trataba más que de joyas y vestidos, para presentarse en la corte con el rango y esplendor que correspondía a tal cargo y a la posición social y política de su padre.

Sancha Carrillo tenía un hermano sacerdote, llamado Dn. Pedro, y viendo éste que ella estaba tan llena de vanidades del mundo, la aconsejó que antes de marchar a la corte se confesara con el Padre Avila. Mucho le costó convencerla, pero al fin atendió su consejo, y doña Sancha se dispuso a ir a la iglesia de Santa María para confesarse.

Mandó recado al Padre, señalando el día y la hora que iría, y se fue acompañada de gran servidumbre y boato, que más parecía ir de bodas que a recibir el perdón de sus pecados. Recibióla, con todo, el Padre Avila con mucho agrado, y cuando la joven hubo acabado de confesarse, la exhortó de tal manera a servir a Dios

antes que a los hombres, y la hizo ver tan claramente la vanidad de las cosas del mundo, que la rica y orgullosa doncella se sintió tan convertida, que se retiró del confesionario muy compugnida, y cubriendo su cara con el velo marchó a su casa sin poder contener las lágrimas de sincero arrepentimiento.

Se encerró luego en su habitación, pasando su día en oración y cuando salió por la noche, se presentó a sus padres vestida de un tosco sayal, manifestando el cambio que había experimentado su alma, su resolución de retirarse del mundo y de vivir en adelante entregada a la oración y a la penitencia.

No hubo ruegos ni fuerzas humanas para hacerla desistir de su intento. Desde entonces vivió apartada del mundo. Ayunos y cilicios que atormentaban su cuerpo, frecuencia de sacramentos, oración continua y perpetua virginidad fueron en lo sucesivo las ocupaciones de esta santa doncella, cuya virtud fue tan agradable a Dios, que la dio muchos consuelos en la oración y la hizo objeto de apariciones y revelaciones sobrenaturales.

Fue su director el Maestro Juan de Avila, quien escribió para ella el libro ya dicho, titulado AUDI FILIA, el que leía con frecuencia y llamaba «su tesoro». Murió santamente a la edad de veinticuatro años. Su cuerpo yace enterrado en San Francisco de Córdoba.

Del citado libro AUDI FILIA expongo a continuación las principales ideas, tal como las expuso San Juan de Avila, destacando los tres lenguajes que él le aconsejó a doña Sancha que no debía oír.

APRENDER A VIVIR

Para saber vivir

¡Vivir! ¡Dichoso el que sabe vivir! El que no conoce otros valores que los de la materia y pone su dicha en verse rodeado de riquezas, honores y placeres, una vez logrados, exclama: ¡Esto es vivir! ¡Esta es la vida! Pero se equivoca, porque lo que pronto pasa, lo que no tiene valor permanete, lo que se acaba a la hora de la muerte, ¿merecerá el nombre de verdadera vida?

Pasan los hombres, las cosas y el tiempo; pero la obra del que «pasa haciendo bien a todos», al igual que Jesucristo, no pasa jamás. «*La memoria del hombre justo será eternamente celebrada*» (Sal. 111,6).

Toda nuestra dicha está en saber vivir. ¿Cómo aprender esta lección?

Hoy hay muchos cristianos que se sienten desorientados en su vida moral y religiosa por lo que ven o por lo que oyen o se dice, y quisieran saber con claridad cómo tendrían que vivir y normas a seguir para cumplir con su deber y conseguir la salvación eterna. Y ¿còmo aprender a vivir? Antes de contestar a esta pregunta quiero hacer unas reflexiones y decir unas palabras (que tomo de mi libro: *«No pierdas la juventud»).*

¿Cuál será mi camino?

Reflexiona: Nuestra vida tiene sus peldaños: niñez, adolescencia, juventud, edad madura, vejez... Al pasar del primer eslabón de la vida, sobre los 12 a 15 años, empiezan a aparecer las horas de las tentaciones, y todos, por lo general, suelen sentir entonces el despertar las tentaciones de la carne, o sea, ciertas inclinaciones, ante el descubrimiento del sexo contrario, y vienen los pensamientos deshonestos, ciertas sensaciones o deseos de placeres impuros, y pueden venir las caídas o remordimientos..., y por esto hay que luchar para no caer, y si se cae, hay que levantarse y seguir luchando.

Los atractivos del mundo, las conversaciones, las amistades frívolas, el cine, el ambiente en que se vive..., suscitarán en toda alma virginal pensamientos vanos e impuros y uno puede notar ciertas dudas y turbaciones, hasta hallarse en la encrucijada de estos dos cambios: virginidad o matrimonio.

Conviene ante todo tener ideas claras. Sentir el pensamiento o inclinaciones impuras es cosa de la naturaleza, no es mal; el mal está en consentir... La puerta del pecado es la voluntad.

La castidad exige una voluntad firme de ser puros en pensamientos, palabras y obras, pues la castidad se opone a toda delectación carnal e impura mientras sea ilícita. La castidad es una virtud delicada que es preciso que las almas jóvenes conozcan su valor para no perderla y, por ser la más tentada, sepan defenderla.

Hay que estar alerta contra los ladrones que le salen al paso como son: los malos libros, las malas compañías, las ocasiones o ambientes peligrosos... y hasta los malos profesores que sin venir a cuento dan lec-

ciones de sexualidad y arrastran a la juventud más al vicio que a la virtud.

Hoy son pocas las jóvenes que piensan en una vida religiosa, en consagrar su virginidad a Dios con fines apostólicos, y con ser éste uno de los ideales más bellos, no todas lo comprenden.

¡Cuántas jóvenes viven como alocadas en medio del mundo sin saber a donde van! Muchas sólo piensan en el matrimonio donde han de tener grandes tribulaciones. ¡Oh, si supieran todas cuán grande es la felicidad de vivir una vida de pureza consagrada a Dios! ¿Dónde serías tú más feliz y darías más gloria a Dios? Aún puedes escoger, siendo joven.

¿Cómo aprender a vivir?

Yo quisiera hacerte comprender cómo para saber vivir, hay que aprender a ver, oír y hablar rectamente. Ante todo debes mirar sobrenaturalmente tu vida, y aunque este libro va directo especialmente a las almas que aspiran a una mayor vida de perfección y también a las consagradas ya a Dios, pudiera serte muy útil a ti, y así lograr el camino mejor para ser feliz.

Hay que tener una mirada limpia para todas las cosas, y no querer ver fiestas profanas, visitar discotecas y ver cosas del mundo, porque estas cosas ciegan e impiden la vista del alma. Los ojos del cuerpo verán la tierra, pero los espirituales no se entretienen en ella, sino que pasan adelante y desean el cielo, porque es donde está su deseo, según dice el rey David: *«Veré tus cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste»* (Sal. 8,4).

Y si uno quisiera ver más criaturas, puede hacerlo, con tal que sea su vista para pasar de ellas a Dios, y

no para perder y olvidar a Dios en ellas, porque de esta vista dice David al Señor: «*Aparta Señor mis ojos para que no vean la vanidad, y en el camino tuyo anímame*» (Sal. 119,37).

Mucho debemos guardar nuestros ojos y apartarlos de una vista desordenada que sea nuestra perdición. *Eva miró al árbol prohibido, dióle gana de comer de su fruto, porque le parecía hermoso, comió e hizo comer a su marido* (Gén. 3,6), y la comida fue muerte para ellos y sus descendientes. No es cordura mirar lo que no es lícito desear, como sucedió al santo rey David, cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto, y luego le tocó derramar lágrimas: «*Arroyos de aguas corrieron de mis ojos, porque no guardaron tu ley*» (Sal. 119,1368.

Ante todo tenemos que mirar con los ojos de nuestra alma, con los de nuestro entendimiento que Dios nos ha dado para emplearlos en Él. San Antón, a un ciego llamado Dídimo, que era muy sabio en las Escrituras divinas, le dijo: «No es razón que toméis pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales tienen también los gatos y los perros y otros menores animales, porque tenéis claros los ojos del alma, con los cuales podéis ver a Dios».

Hemos de tener este orden en el mirar; primero mirarnos a nosotros, luego a Dios y finalmente a nuestros prójimos. Debemos mirarnos a nosotros para conocernos y tenernos en poco. «Conózcame a mí, para despreciarme y conozcaos a Vos, para amaros», decía a Dios San Agustín. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? y si lo has recibido ¿para qué te vanaglorias como si no lo hubieras recibido?*» (1 Cor. 4,7). Todo lo bueno lo hemos de atribuir a Dios.

¿Dónde hallaréis esta joya del propio conocimien-

to? Recogeos en vuestro interior, en vuestra pequeñez. Quitad los ojos de vidas ajenas, no os entremetáis en saber cosas curiosas, perseverar en examinaros... San Jerónimo decía a una mujer casada: «De tal manera tengas cuidado de tu casa que también tengas para tu alma algún reposo; busca algún lugar conveniente, y algún tanto apartado del bullicio de esta familia, al cual te vayas, como quien va a un puerto, huyendo de la gran tempestad de tus cuidados; y haya solamente lección de cosas divinas, y oración tan continua, y pensamiento de las cosas del otro mundo... y esto no para apartarte de tu casa, sino para que aprendas cómo debes haberte en ella»...

Todos podemos retirarnos en nuestro interior y más una joven que está más libre para darse a Dios, leer las Sagradas Escrituras empezando por los Evangelios y libros más fáciles..., meditar en los «novísimos», y en la «Pasión del Señor»... y como decía San Juan de Avila a una joven virgen: «Si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad, que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista».

También hay que aprender a oír, ante todo el lenguaje de Dios, su divina palabra, ya leyendo las Escrituras Santas o bien oyendo a los que las explican, porque la fe como a continuación diré, es el fundamento de nuestra vida sobrenatural y la fe entra por el oído (Rom. 10,9-17).

Finalmente hay que saber hablar, porque nuestra lengua y nuestro corazón deben estar siempre limpios de toda suciedad. La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón decía Sócrates a un joven: «Habla, para que te conozca».

El hombre es conocido en seguida por su lenguaje. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan

de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de las cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros prójimos.

La lengua es causa de muchas disensiones. «Si queremos ser buenos cristianos, tenemos que encadenar nuestra lengua, porque sin este freno en la lengua, la religión es vana» (S. Bernardo). *«El que no peca con la lengua es persona perfecta»* (Sant. 3,2).

La fe, fundamento de la vida sobrenatural

La fe o creencia en las verdades reveladas por Dios es de suma trascendencia por ser el fundamento de la vida sobrenatural. Sabemos que Dios ha hablado a los hombres, y lo ha hecho *muchas veces y de muchas maneras, antiguamente, por medio de los profetas y últimamente por medio de su Hijo Jesucristo* (Heb. 1,1-2) y por los apóstoles...

Y ¿qué nos ha hablado?... ¿Qué recitas en el Credo?... ¿Qué lees en la Sagrada Escritura o qué oyes en los sermones que se predican —comentando el Evangelio o Cartas de los apóstoles— en el templo? Estas cosas las ha dicho Dios.

¿Dónde, pues, tenemos ahora la palabra de Dios? La tenemos en las Sagradas Escrituras. Lo que Dios nos ha hablado por medio de los profetas está contenido en el Antiguo Testamento, y lo que nos ha dicho por medio de Jesucristo lo tenemos en el Nuevo Testamento, especialmente en los Evangelios.

Los Evangelios nos dan a conocer a Jesucristo y su

doctrina, todo lo esencial que nos ha revelado para nuestra salvación.

Jesucristo dijo a sus apóstoles y sucesores: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere (el Evangelio) y se bautizare, se salvará; el que no creyere, se condenará*» (Mc. 16,15-16). *Id y enseñad a todas las gentes... Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,19-20).

¿Qué es fe? Fe es aceptar la persona de Jesucristo y su doctrina, o sea, creer en Jesucristo y en las verdades que Él nos ha revelado, pues es Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

Estas verdades, que hemos de creer y que constituyen la materia u objeto material de la fe, se hallan, como hemos dicho, en la Biblia y en la Tradición, y como en compendio en el *Credo* o Profesión de fe.

La Iglesia es depositaria e intérprete de la Revelación, y por eso la norma de nuestra fe es la Biblia interpretada por la Iglesia.

La transmisión de la fe

El verdadero católico debe tener fe, y no sólo tenerla, sino vivirla. «*Sin la fe es imposible agradar a Dios*» (Heb. 11,6). Es necesario, pues, *vivir* conforme a la fe y confesarle *exteriormente*. Jesús dice en el Evangelio: «*A todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos; pero a todo el que negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos*» (Mt. 10,32-33).

Para comunicar la fe a los hombres, Dios se vale ordinariamente de la predicación del Evangelio.

Audi, filia... Oye hija, y ve, e inclina tu oído... (Sal. 45,11). Comentando estas palabras San Juan de Avila, en su libro así titulado *Audi filia,* dice: «Lo primero que se nos amonesta en estas palabras es que *oigamos,* porque el fundamento de la vida espiritual es *la fe,* y ésta entra en el alma por el instrumento de la voz, *mediante el oír...», y esto es lo que dice San Pablo: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán sin haber oído hablar de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?... LA FE ENTRA POR EL OIDO y al oído llega por la palabra de Cristo»* (Rom. 10,9-17).

San Pedro lo dice así: *«Determinó Dios que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y creyesen...»* (Hech. 15,7).

En consecuencia: Debemos oír el lenguaje de Dios, oír su palabra. «Este oír a Dios es por la fe, la cual no es enseñanza humana, sino divina, porque no creemos las Escrituras como a palabras de Isaías o Jeremías o de San Pablo o de San Pedro, ni creemos más al evangelista que fue testigo de vista de lo que escribió, que al que no lo fue, sino que estas palabras las recibimos como dichas de Dios por boca de ellos, y a Dios creemos en ellos. Y por eso es imposible que nuestra fe deje de ser verdadera, como es imposible que Dios deje de ser la suma verdad».

La fe está fundada en la palabra de Dios que no puede fallar jamás: *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»* (Mt. 24,35). Interesa, pues, que todos nos esforcemos en *querer oír o leer* la palabra de Dios con la mayor frecuencia posible, es decir, «oír a Dios» y no al mundo ni al demonio, ni a la carne.

No debemos oír estos lenguajes, porque el primero es de cosas vanas; el segundo, de cosas muelles; y el tercero, de cosas malas y amargas.

Veamos cómo nos lo dice San Juan de Avila.

I — EL LENGUAJE DEL MUNDO

No hemos de oír el lenguaje del mundo, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales a quien las cree, haciéndole que no siga la verdad, y por el deseo de honra y de ser estimado de los hombres, se viene a apartar de Dios.

Así el hombre, hecho esclavo de la vanidad, pierde la amistad del Señor, cumpliéndose lo que dice el apóstol Santiago: *«¿No sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios»* (4,4).

Para tener ideas claras, diremos que por «mundo» se designa en la Biblia unas veces al universo (llamado «cielos y tierra»); otras veces todos los hombres a los que Dios ama (Jn. 3,18); y también los hombres malos y perversos de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12,31). Entendido así el mundo el cristiano debe vivir en el mundo sin ser del mundo. De este mundo hablamos aquí.

«El mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn. 5,19), y por eso Jesucristo llama al «maligno», que es el demonio: «príncipe de este mundo».

El apóstol San Juan nos dice: *«No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo* (1 Jn. 2).

«Los amantes del mundo son ciegos e insensatos; prefieren lo transitorio a lo estable, lo mortal a lo eterno, la tierra al cielo, el hombre a Dios, lo creado a lo increado...». (S. Agustín).

Los bienes del mundo agobian al que los posee, manchan a los que los aman, y su pérdida atormenta» (S. Bernardo). «El amor del mundo conduce a todos los pecados, ¿qué preferís?, amar las cosas temporales y pasar con el tiempo, o despreciar las cosas del mundo y vivir eternamente con Dios?» (S. Agustín).

El mundo es traidor y cruel. Promete felicidad y paz y sólo da lágrimas, porque huye de la práctica del bien, de la obediencia a la ley de Dios.

«Así como los que son de este mundo no tienen oídos para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo.

Mientras nos veamos precisados a vivir en el mundo, nos hemos de considerar como extraños y peregrinos, pues nuestra verdadera patria es el cielo.

«El tiempo es corto... Los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran como si no llorasen; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque el aspecto de este mundo pasa rápidamente» (1 Cor. 7).

Jesucristo nos invita a apoyarnos en Él y en su gracia para vencer y a este fin nos dice: «En el mundo habéis de tener tribulación; pero *confiad: yo he vencido al mundo* (Jn. 16,33).

«Muchos pseudoprofetas han salido a escena en el mundo... Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios» (Jn. 4,5-6).

II. — EL LENGUAJE DE LA CARNE

El Santo Juan de Avila dice: «La *carne* habla de regalos y deleites, unas veces claramente y otras bajo el título de necesidad... y muchos han sido vencidos por los deleites, que no lo fueron antes por riquezas, ni honras ni recios tormentos... Quien de esta batalla quisiera salir vencedor, le conviene ir armado de muchas y muy fuertes armas, porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, sino a los que con muchos sudores de importunas oraciones la alcanza de nuestro Señor», añadiendo *sus trabajos y esfuerzos*... Para vencer *hay que querer*, hay que esforzarse apoyado en Dios, porque sin Él no podemos nada.

Para conservar la pureza, el Santo habla de varios remedios:

1) *Castigar la carne,* tratándola con aspereza. San Pablo, vaso de elección, no se fió de su carne, y así dice: «castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no siendo que predicando a otros, me haga un réprobo» (1 Cor. 9,27). ¿Cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él, y mayores causas para temer?

«Muy mal se guarda la humildad entre honras y templanzas entre abundancia, y castidad entre regalos. Y si sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca, mucho más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad, y por otra hinche de manjares

y de regalo su carne, y se da a la ociosidad; porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo a quien muy apagado lo tuviere... Ame, pues, la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad».

2) *Buenas ocupaciones.* Uno de los medios para conservarse castos es el trabajo, el no estar ociosos, porque «la ociosidad es madre de todos los vicios». La tentación contra la castidad unas veces nace de la misma carne, pues ésta tiene tendencias contrarias a las del espíritu (Gál. 5,17), y otras veces esta tentación viene de parte del demonio, que suele combatir con pensamientos y feas imaginaciones, y a veces estando flaquísima y como muerta la carne, aparecen los malos pensamientos vivísimos, como acaecía a San Jerónimo, según él lo cuenta.

También tienen otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querría, y menos ocasión hay para ello, ni tienen en cuenta los tiempos de oración, ni de misa, ni de lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas.

En estas circunstancias el remedio no está en afligir la carne; mas debéis de orar y daros a buenas ocupaciones, y hablar con buenas personas para apartar el pensamiento de aquellas imaginaciones..., es más seguro rezar vocalmente, estudiar o leer, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al cielo, pidiendo socorro a nuestro Señor... Y si con todo esto no cesare esta tentación, no hay que desmayar, sino sufrirla con paciencia y creer que nuestro Señor permite que te atormente como ángel de Satanás, para que no te ensalces y vivas en humildad.

3) *Evitar familiaridad de mujeres con hombres.*

San Juan de Avila nos lo dice así: «Es también menester, y muy mucho, para guarda de la castidad, que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por buenos o parientes que sean. Porque las feas y no pensadas caídas que en el mundo han acaecido acerca de esto, nos deben ser un perfecto amonestador de nuestra flaqueza, y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquier falsa seguridad, que nuestra soberbia nos quiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida, nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios y, lo que más es, tan grandes santos fueron muy gravemente heridos.

¿Quién se fiará de parentesco, leyendo la torpeza de Amón con su hermana Thamar; con otras muchas más feas, y más, que en el mundo han acaecido a personas, que las ha cegado esta bestial pasión de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya o ajena, viendo a David, que fue «varón conforme al corazón de Dios», ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados, por sólo mirar a una mujer? (1 Sam. 13,14; 2 Sam. 11,2-4)...

Ninguno en esto se engañe, ni se fie de castidad pasada o presente, aunque sienta su ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una piedra, porque gran verdad dijo el experimentado San Jerónimo, que: «Animas de hierro la lujuria las doma». Y por este camino de recatamiento han caminado todos los santos, a los cuales debemos seguir, si queremos no errar.

Por tanto, doncella de Cristo, no seáis en esto descuidada; mas oíd y cumplid lo que San Bernardo dice: «que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aún en las seguras». Y las que así no lo hacen, presto se verán tan miserablemente caídas cuanto primero estaban con falsa seguridad mi-

serablemente engañadas. Y, aunque por la penitencia se alcance el perdón del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida...

Advertencias de San Juan de Avila en esta materia:

Habla el Santo de los medios que suele emplear el demonio para engañar a los hombres espirituales con el enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

«Debéis estar advertida que las caídas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellos, y por esto son más de temer. Primero les parece que de comunicarse sienten provecho en sus almas, y fiados de aquesto usan, como cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los captiva algún tanto y les hace tomar pena cuando no se ven, y descansan en verse y hablarse.

Tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen; en lo cual y en otras pláticas ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algún rato; y poco a poco la conversación que primero aprovecharía a sus almas, ya sienten que las tiene captivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces, y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas o cartas; las cuales cosas con otras semejantes blanduras, como dice San Jerónimo, el santo amor no las tiene.

De estos eslabones, de uno en otro, suelen venir tales fines que les dan, muy a su costa, a entender que

los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otros que falsos engaños del astuto demonios, que por allí los aseguraba, para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos, aprenden que «hombre y mujer no son sino fuego y estopa», y que el demonio trabaja para juntarlos; y, juntos, soplarles con mil maneras y artes, para encenderlos aquí en fuego de carne, y después llevarlos a los del infierno.

Por tanto, doncella, huid la familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habéis tomado, de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor; y esto, no más en cuanto os confeséis, y aun entonces decir con brevedad lo que es menester, sin meter otras pláticas, teniendo en cuenta que de lo que habéis de hablar y oír tenéis que dar al estrecho Juez. Y la esposa de Cristo, especialmente si es joven, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando mucho que sea de muy buena y aprobada vida y fama, y de madura edad. Y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido que entrambas cosas habéis menester para cumplir con la alteza del estado de virginidad.

Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias a nuestro Señor y obedecedlo y amadlo como a cosa que Él os dio. Mas mirad mucho que, aunque el amor sea bueno por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser demasiado, y puede poner en peligro al que lo tiene; porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal... No tengáis, pues, metido en lo más dentro de vuestro corazón a vuestro padre espiritual, mas tenedle

cerca de vuestro corazón, como a amigo del desposado, no como a esposo.

Y la memoria que de él tengáis, sea para obrar su doctrina, sin parar más en él, teniéndole por cosa, que Dios os dio, para que os ayudase a juntaros toda con vuestro celestial esposo, sin que él se entremeta en la junta. Y debéis estar aparejada a carecer de él con paciencia, si Dios lo ordenara, en el cual sólo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo...

Y aunque de las demasiadas conversaciones no se sigan siempre los mayores males que pueden venir, todavía es bien que se eviten, por evitar el escándalo que de ello puede nacer acerca de quien lo sabe, y por evitar tentaciones y muchedumbre de pensamientos que, aunque no traigan a consentimiento, quitan al alma su pureza y libertad para pensar en Dios.

Y, quitándole aquella pureza que el secreto lugar de corazón, donde sólo Cristo quiere morar, había de tener, parece que no está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre.

Y habéis de entender que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso de familiaridad, o nace escándalo de ella; porque, cuando no hay cosa de éstas, no habéis de tratar con quien conviene con turbado o amedrentado corazón, porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentación; mas tratar con una santa y prudente simplicidad, no descuidada ni maliciosa.

Si no halláredes el padre espiritual conveniente, muy mejor es que os confeséis menos veces y tengáis cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no, por confesar muchas veces, poner vuestra fama en algún riesgo. Porque si, como dice San Agus-

tín, «la buena fama nos es necesaria a todos para con los prójimos, ¿cuánto más necesaria será a la doncella de Cristo?».

Devota y ferviente oración

Este es uno de los más principales remedios para vencer las tentaciones de la carne, pues si la oración es devota en ella se halla el gusto de las cosas divinas, que hace aborrecer las mundanas. (La oración ha de ser nuestra mejor arma para pelear).

Así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así, gustado el espíritu, es desabrida toda la carne. Y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta, siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir, y queda tan flaca y caída como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces, con la fortificación que el espíritu siente, ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentando en este destierro algo de lo que en el cielo ha de pasar, cuando, de estar el ánima bienaventurada en su Dios y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar.

En consecuencia: Quien quisiere gozar de la excelencia de la castidad, ame el ejercicio de la devota oración; porque allí recibirá rocío del cielo y beberá de una agua tan poderosa que le apague de raíz los apetitos carnales. Y quien quisiera gozar de la devota oración, ame el recogimiento y hallarla ha. (En el silencio y el recogimiento, dice Kempis, el alma hace progresos).

De aquí podréis conocer claramente cuanto mal cau-

sa la comunicación que hemos dicho, pues hace derramar el corazón y perder la devoción, que eran medios tan provechosos para alcanzar la castidad.

Otros medios para alcanzar la pureza son: desconfianza en sí y confianza en Dios, porque la virginidad es un don de Dios, y acudir en medio de nuestras tentaciones a la Virgen y a los Santos. «Nuestro auxilio nos viene del Señor que hizo el cielo y la tierra» (Sal. 121,1-2).

Otros medios contra las tentaciones de la carne

He aquí unos medios fáciles de emplear, cuando este cruel enemigo nos acometiere con los primeros golpes:

1) *La señal de la Cruz.* Señalad luego la frente o el corazón con la señal de la cruz, llamando con devoción el santo nombre de Jesucristo, y decid: ¡No vendo yo a Dios tan barato! ¡Señor, más valéis vos, y más quiero a vos!

2) *Bajad al infierno con el pensamiento* (si con la cruz no se quitase), y mirad aquel fuego vivo cuán terriblemente quema, y hace dar voces y aullar y blasfemar a los miserables, que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios... y decid entre vosotros lo que San Gregorio Magno dice: «Momentáneo es lo que deleita y eterno lo que atormenta».

3) *Subid al cielo con el pensamiento* (si lo anterior no os aprovecha), y representaos aquella limpieza de castidad, que hay en aquella bienaventurada ciudad; y «como no puede entrar allí bestia ninguna», quiero decir hombre bestial (Is. 35,9), y estaos un rato allí

hasta que sintáis alguna espiritual fuerza, con que aborrezcáis aquí lo que allí se aborrece por Dios.

4) *Tu sepultura*. También aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuánta hediondez y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres.

5) *Mira a Jesucristo puesto en la cruz.* Esto puede aprovecharte mucho, y especialmente atado a la columna y azotado, y bañado en sangre de pies a cabeza, y decirle con entrañable gemido: Vuestro virginal y divino cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, y ¿y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes, tan llenos de crueldad, los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra Señor.

6) *Mira a la Virgen María.* También aprovecha representarte súbitamente a la limp-sima Virgen María, considerando la limpieza de su corazón y entereza de cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que deshacen en medio de la luz.

7) *La sagrada Comunión.* Recibir con devocion el santo Cuerpo de Jesucristo N. Señor, el cual fue formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impureza. Pensar que vamos a ser «relicarios preciosos» donde va a entrar Jesucristo, y huiríamos de toda suciedad, por honra al que es el autor de toda pureza y santidad.

Algunos sienten remedio en darse recios y fuertes pellizcos y hasta disciplinas, acordándose del excesivo dolor, que los clavos y azotes causaron a Nuestro Señor; otros, con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, hincar las rodillas y herir los pechos y con otras cosas semejantes a éstas, con que causan dolor a la carne, han triunfado. Interesa huir de toda ocasión de pe-

cado, recogerse en oración, cerrar la puerta a toda imaginación impura, y esto es un volver las espaldas a nuestros enemigos hasta lograr que queden burlados.

La victoria contra las tentaciones de la carne

Hemos de estar prevenidos contra las tentaciones, y debemos *esperarlas*, porque es seguro que las tentaciones vendrán, ya que Dios nos dice: *«si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación»* (Ecl. 2,1) y también: *«Bienaventurado el que sufre la tentación, porque después de probado recibirá la corona de la vida»* (Sant. 1,12).

Debemos *esperar* la tentación, *no buscarla,* de lo contrario experimentaríamos la verdad de esta palabra divina: *«El que ama el peligro, en él perecerá»* (Eclo. 3,27). yY ¡cuántos se exponen a la tentación!: lecturas, reuniones, curiosidades... Se quiere ver todo (cines, discotecas...), oír todo... La tentación es un combate, y hay que *esperarla preparado* para vencer: El arma del cristiano es la oración y vivir en humildad, pues Dios suele castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad para humillarlos, entregándolos, como dice San Pablo, *«en los deseos deshonestos de su corazón»* (Rom. 1,24), y es lo que dice San Agustín que «Dios suele castigar la secreta soberbia con manifiesta lujuria».

No hay que imitar al fariseo que oraba (o mejor dicho, se alababa) de esta manera: *«¡No soy como los otros hombres, ni adúltero, ni ladrón, ni como aquel publicano...»* (Luc. 18,11). *¡Ay de ti que desprecias, porque serás despreciado!* (Is. 33,1). «¡Oh, cuántos han visto mis ojos, dice S. Juan de Avila, castigados con

esta sentencia, que nunca habían entendido cuánto aborrece Dios este pecado hasta que se vieron caídos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores! «En tres cosas, dijo un viejo de los pasados, juzgué a mis prójimos, y en todas tres he caído».

Agradezca a Dios el que es casto la merced que le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude a levantar al caído, compadeciéndose de él y no despreciándolo. Piense que él y el caído son de una masa, y que, cayendo otro, cae él cuando es de su parte. Porque, como dice San Agustín, «no hay pecado que haga un hombre que no lo haría otro hombre, si no lo sostiene el Hacedor del hombre». Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno, gozándose del bien del prójimo...».

El que cayó por su soberbia, por medio de humildad se ha de levantar... y reconozca que la castidad es dádiva de Dios, que por su gracia *la da,* y por pecados del hombre *la quita*.

A algunos Dios da la castidad en el alma solamente, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea; mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánima imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que, aunque no hagan consentir a la razón en el mal, la afligen y le dan que hacer en defenderse de sus importunidades...

En lo que debéis estar advertida es contra las imaginaciones o malos movimientos, para no entretenerse en ellos, sino desecharlos cuanto antes, y mientras exista un propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y si resistís, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que no os dejó Nuestro Señor caer en pecado mortal.

Si se lucha y se acude a Dios con humildad, Él hará que salgas con ganancia de esta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues, como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad. Y hacerte compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entre tanto, consuélate con tener en ti mismo una prueba de que amas a Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece.

También Dios suele conceder el don de la castidad no sólo en el interior del alma, mas también a otros en su parte sensitiva, y entonces sienten aborrecimiento de sucios deleites, gozan de gran paz. Y eso suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural complexión; otros, por elección y merced de Dios.

Sin embargo no deben engreírse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, sino por tener propósito en el ánima de no ofender en este pecado a nuestro Señor...

Porque pueden venir las tentaciones, hemos de velar sobre *la voluntad.* Este es el punto más importante de la lucha. De la voluntad depende la victoria o la derrota. Vencer es decir: No; ser vencido es decir: Sí... El pecado no está en los sentidos..., ni en la imaginación... Está donde está la libertad o sea en la voluntad, pues la voluntad es la puerta del pecado.

Para la victoria no hemos de apoyarnos en nuestras propias fuerzas o medios humanos, sino en Dios, recurrir a Él, rezar, repetirle: «No nos dejes caer en la tentación». El sabio dice: *«Luego que comprendí que no podía ser casto, si Dios no me lo diese, acudí a Él e hice oración»* (Sab. 8,21).

III — EL LENGUAJE DEL DEMONIO

Los lenguajes del demonio son tantos cuantas son sus malicias para engañar, que son innumerables. Según la Escritura Santa, el demonio *«es mentiroso y padre de la mentira»* (Jn. 8,44), por él entró la muerte en el mundo (Sab. 2,24) y se transforma en ángel de luz para seducir (2 Cor. 11,14).

El demonio «es el enemigo oculto que trabaja ocultamente... y sabe ser violento y astuto y es instigador de todo mal» (Pío XII, el 12-10-52).

«El demonio es el enemigo número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y perturbador existe de verdad...» (Pablo VI) y añadió, tenemos la sensación de que «a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios» (29-6-1972)

Hay que estar alerta contra sus sugerencias; mas «el diablo es como un perro atado por Cristo a la cadena; puede ladrar, solicitar, infundir miedo, pero no puede morder, sino al que quiere ser mordido...» (San Agustín).

San Juan de Avila dice: El demonio es el padre de pecados y tinieblas, es «dragón» que pone secretamente asechanzas para engañar, y son éstas: alzarnos con la vanidad y mentiras y después derribarnos con verdadera y miserable caída. Nos ensalza con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia, y como él sepa por experien-

cia el gran mal que es éste, que bastó a hacer en sí mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas para hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que tiene.

Sabe el demonio muy bien cuanto desagrada la soberbia a Dios, y como ella basta a hacer inútiles todas las otras virtudes que un hombre tenga; y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima que muchas veces deja de tentar a uno y le dice algunas verdades, y le da algunos buenos consejos y espirituales consolaciones, para inducirle a soberbia, y así derribarlo y dejarlo vacío.

Por ser el lenguaje del demonio muy astuto y perverso, hay que estar muy sobre aviso, y «aunque se te apareciera de veras un ángel, no lo recibas fácilmente». «A un Hermano se le apareció el diablo transformado en ángel de luz y le dijo: Yo soy el ángel Gabriel. Que he sido enviado a ti. Mas el Hermano respondió: Debe ser a otro a quien has sido enviado; yo no merezco tal honor» (Dichos de los Ancianos del desierto).

No te complazcas en todo lo que se dice, ni asientas a toda palabra. No te apresures a creer.

¿Qué debemos hacer ante el lenguaje del demonio?

Debemos hacernos sordos a él, pues si el salmista (140,4) dice: *«debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras»*; ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, más malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare de los bienes que tenemos, humillémonos nosotros, mirando los males que hacemos y que hicimos; los cuales fueron tantos que, si el Señor

por su misericordia no nos fuera a la mano, y nos quitara del camino que tan de corazón caminábamos, como hizo a San Pablo, fuéramos creciendo en la edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo.

Los males que entonces hicimos, nuestros eran: y, si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el apóstol: «*Fuisteis en algún tiempo tinieblas* (malos esclavos, hediondos y establo de suciedades), *mas ahora luz en el Señor*» (Ef. 5,8).

Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que, por su misericordia, Dios nos ha puesto; creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios se apartase de nosotros... Por eso el apóstol nos amonesta: «*El que crea estar en pie, tema no caiga*» (1 Cor. 10,12).

Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan a limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros somos robadores de la honra, que de todo lo bueno a Él es debida.

Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oración las del alma. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su alma, orar con toda diligencia y continuación, y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos, para conocer la verdad de quién sea Dios y de quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni atribuya a sí algún bien. Y así estará lejos de oír el falso lenguaje del soberbio demonio, que, con la propia estima, lo

querría engañar; mas oye la verdad de Dios que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, sino en recibir mercedes y ser estimada y amada de su Creador.

Otro lazo del demonio: la desesperación

Otra arte suele tener el demonio contraria a esta pasada; la cual es, no haciendo ensalzar el corazón, sino abajándolo y desmayándolo, hasta traerlo a desesperación; y esto hace trayendo a la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede, para que el tal hombre espantado con ellos,caiga desmayado como debajo de carga pesada, y así se desespere.

De esta manera hizo con Judas, que, al hacer del pecado, le quitó delante la gravedad de él, y después le trajo a la memoria cuán gran mal era haber vendido a su Maestro por tan poco precio y para tal muerte; así le cegó los ojos con la grandeza del pecado, y dio con él en el lazo, y de allí en el infierno.

De manera que a unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia; y a otros, escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios, y de los bienes que con su gracia hicieron, y les trae a la memoria sus males, y así los derriba con desesperación.

Nuestro remedio en estas circunstancias es apartar los ojos de nuestros pecados y ponerlos en la misericordia de Dios y en los bienes que por su gracia hemos hecho. Porque, en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperación, muy bien hecho es

acordarnos de los bienes que hemos hecho o hacemos, según tenemos ejemplo en Job y en el rey Ezequías. Y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras, en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo huyendo de otro, sino para esperar en la misericordia de Dios, que pues Él nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, Él nos lo galardonará, aun hasta el vaso de agua que por su amor dimos; y que, pues nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella...

«Si, cuando eramos enemigos, fuimos hechos amigos con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de Él» (Rom. 5,10).

Si su muerte fue poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Si nos amó no amándole nosotros, no nos dejará de amarnos, pues le amamos. De manera que osemos decir lo que dice San Pablo: *«Confío que Aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará el día de Jesucristo»* (Fil. 1,6).

Y si el demonio quisiera turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco el juez que nos ha de juzgar. Dios es a quien ofendimos cuando pecamos, y Él es el que ha de juzgar a hombres y demonios. Y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse, mas consolémonos que el que es parte y juez nos perdona y absuelve, mediante nuestra penitencia, y sus ministros y sacramentos. Y esto dice San Pablo así: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios?*

Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará? (Rom. 8,31-33).

No deben, pues espantarnos nuestros pecados, porque el Eterno Padre castigó por ellos a su unigénito Hijo, quien cargó con todos ellos para que así viniese el perdón sobre quien merecía el castigo, si el tal hombre se dispusiese a recibirlo. Y pues Él nos perdona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces pidiendo justicia? Ya una vez fue hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente cordero, Jesucristo nuestro Señor, para que todo culpado, que quisiera llegarse a Él y gozar de su redención por la penitencia, sea perdonado.

Dios está dispuesto a perdonarnos

Dios quiere que nos acerquemos a Él, y que tengamos presente que «*tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que creyere en Él y le amare, no perezca, sino que tenga vida eterna*» (Jn. 3,16).

Quien nos dio al Hijo, su Palabra hecha carne (pues nació para nosotros), «*nos ha dado todas las cosas con Él*» y por tanto todo está dado: perdón, gracia y el cielo.

«Así que, doncella de Cristo, si nos quisiere el demonio cegar en nuestros pecados, digamos que no son sino pocos y chicos, y nuestros bienes muchos y grandes. Poco son nuestros pecados, no en sí, sino comparados a los muchos merecimientos de Jesucristo.

Muchos son nuestros bienes, no en nosotros, sino en Cristo, que nos dio lo que Él ayunó, oró, caminó y trabajó; y sus espinas y sus azotes y clavos y lanza,

muerte y vida, haciéndonos participantes en todo mediante los sacramentos y fe. Cuantas son las misericordias del Señor, tantos podemos decir que son nuestros merecimientos: y cuantos son los bienes de Cristo, en tantos tenemos en parte nosotros. Y así como en el mar Rojo fueron ahogados Faraón y los suyos, que perseguían a Israel por las espaldas, así en la sangre y merecimientos de Cristo son ahogados los pecados que hemos hecho sin quedar ninguno. Por tanto cerremos los oídos a este lenguaje y hagamos ir avergonzado al demonio.

Ninguno, pues, debe desesperarse por sus muchos pecados. Tal vez alguno diga: ¿Qué me aprovecha a mí que Cristo haya muerto por mis pecados, si el perdón no se me aplica a mí? Y además con haber muerto por todos los hombres, ¿no están ya muchos en el infierno? Y a esto diremos: Si a ti no se te aplica el perdón de tus pecados y muchos se condenan, esto no es por falta de la redención de Cristo, que es copiosa (Sal. 130,7) sino por falta de disposición en recibirla y de buena voluntad.

Nadie tiene porque desmayar en el negocio de su salvación, y más sabiendo que «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez. 33,11), y por tanto, no tienes más que acercarte a Cristo «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» (Jn. 1,29), del que estaba profetizado que había de arrojar todos nuestros pecados en el profundo mar (Miq. 7,19)) y que había de ser ungido el Santo de los Santos y tener fin el pecado (Dn. 9,24).

He aquí lo que necesitas para gozar de su redención y ser perdonado: Quererlo de veras, volverte a Dios, arrepentirte, pues basta «un gemido de corazón, que a Dios des con dolor de haber ofendido a tal Padre y con in-

tención de la enmienda. Manifiesta luego tus pecados a un confesor que te pueda absolver, y oirán aún tus oídos de carne, para mayor consolación tuya, la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Lo esencial es acercarnos a Dios Padre de las misericordias con el corazón contrito y humillado y Él saldrá a nuestro encuentro como el padre del hijo pródigo en busca de éste que estaba perdido por el pecado, y así entraremos en la amistad de Dios.

Dios se hizo hombre para salvar a los pecadores, y sabiendo el cristiano que Él instituyó el sacramento de la penitencia para otorgar el perdón, deberá acercarse con gran confianza a él y por medio del confesor se le dará la absolución de todos sus pecados y quedará limpio de todos ellos.

Tentaciones contra la fe y las cosas de Dios

Otras veces suele el demonio hacer desmayar, trayendo pensamientos contra la fe, o muy sucios y abominables contra las cosas de Dios; y hace entender al que los tiene que salen de él y que él los quiere. Y con esto le atribula de tal manera que le quita toda la alegría del alma, y le hace entender que está desechado de Dios y condenado de Él, y le pone gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno,ya que tiene blasfemias y cosas semejantes a las de allá, y con esto quiere hacerle perder la confianza que en Dios tenía, y así hacerle perder también la paciencia y sosiego.

Lo mejor es, cuando el demonio nos trae pensamien-

tos y blasfemias o palabras tan feas, no hacer caso a cuanto nos dice, que es lo que hacía David: «Yo, como sordo, no oía...» (Sal. 38,14), y procurar no turbarse ni entristecerse. Ante todo miremos a nuestra conciencia y ver si está limpia de pecado por una buena confesión. Además una cosa es sentir los pensamientos tan abominables y otra cosa es consentirlos, pues si por nada del mundo quiero consentir, hay que dejarlos en paz, como se hace con el perrillo que ladra, ya se callará.

Para vencer las tentaciones dichas, en vez de hacer fuerza para que no nos vengan, lo mejor es sufrirlas con paciencia, y esperar el favor del Señor, que nos proporcione la calma, pues en todo hemos de conformar nuestra voluntad con la de Dios, tanto en las horas de tribulación como en las de consolación.

Un buen remedio contra las tales tentaciones es buscar un confesor sabio y experimentado en las cosas de Dios, y darle a entender las raíces de la tentación, aunque no se digan los pensamientos de la misma manera que se piensan, porque esto no es necesario y muchas veces daña y no se puede hacer, mas dígase de manera que el confesor pueda entender la enfermedad que es, y esto basta, y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque éste será su mejor remedio.

Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo; y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que puedan tener; de las cuales no se espante ni le desprecie por ellas; mas téngale compasión entrañable, y «*corríjale en espíritu de blandura.* como dice San Pablo, *porque no sea él también tentado* (Gál. 6,1) en aquello o en otro, y venga a probar a su costa, cuanta es la humana flaqueza.

Encomiéndole la enmienda de la vida, y que tome los remedios de los sacramentos. Y déle a entender que ningún pensamiento hay tan sucio ni malo que pueda ensuciar el alma si no lo consiente.

Efectos de la bondad divina

Esta bondad produce siempre dos efectos diferentes en los pecadores. Ella desalienta y desanima a unos, porque han abusado demasiado de ella, y a otros enardece y da ánimos a seguir en el mal, porque espera que no les herirá jamás. Los primeros son los desesperados, y los segundos, los presuntuosos.

—*A los desesperados* es menester hacerles meditar sobre la promesa jurada del Señor, es decir, sobre las palabras citadas por el profeta Ezequiel; «*Por mi vida, dice el Señor, ...convertiros de vuestros caminos de iniquidad... La impiedad del impío no le dañará..., y si se convirtiera sinceramente, sus pecados no le serán imputados*» (Ez. 18). Además el cielo está poblado de penitentes: David, la Magdalena, el buen ladrón, San Agustín, etc....

—*A los presuntuosos,* a los que el recuerdo de la bondad divina parece confirmarlos en el mal, hay que decirles que teman precisamente porque Dios es bueno. La bondad de Dios *llora*: «*Jerusalén..., cuántas veces quise congregar a tus hijos... y tú no quisiste*» (Mt. 23,37; Lc. 19,41).

Jesús lloraba sobre los habitantes de Jerusalén, porque preveía su ruina al no convertirse..., y así sucedió.

La bondad de Dios es *paciente*...; espera por ver si se hace penitencia. Ejemplo de la higuera sin fruto. Esperemos un año más a ver si da fruto de buenas

obras... y porque no los hizo fue arrancada. Y al fin esta bondad *hiere*. «*Os llamé y no quisisteis...; en vuestra ruina me reiré*». «*La perdición parte de ti*» (Os. 13,9).

Acojámonos ahora a la misericordia divina para poderla celebrar un día eternamente.

Alerta contra el demonio

Después de lo que hemos dicho sobre el demonio, conviene saber que a fin de que no gocemos de la felicidad que él perdió, unas veces tienta *por astucia*, y otras veces más descubiertamente, haciéndose *león*, el que antes era *dragón* oculto.

San Pedro lo dice así:

«*Hermanos, sed sobrios y vigilad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar, al cual resistiréis firmes en la fe*» *(1 Ped. 5,8-9)*.

Nuestras armas para vencerlo son, pues, la sobriedad y la vigilancia, o sea, vida mortificada y de oración, y, resistirle *firmes en la fe*, estribando en la palabra de Dios, en la recepción de sus sacramentos, y creyendo firmemente con el entendimiento que todo poder es de Dios...

Bienaventurado el que sufre la tentación, porque siendo probado, recibirá la corona de vida, que Dios prometió a los que le aman» (Sant. 1,12).

Creamos en Jesucristo

El camino que conduce a la vida es estrecho, y muchos que se han visto en grandes aprietos y en tempestades tan bravas, al llamar a Jesús en su auxilio, que es guía en su camino, y otras veces con recibir el socorro de los sacramentos o leer las Santas Escrituras, se han hallado favorecidos en la tribulación que, viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los apóstoles: «*¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen? Verdaderamente es el santo Hijo de Dios*» (Mt. 14,33). Jesús invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del alma.

Reglas para no engañarse: No desear visiones o revelaciones; no ensoberbecerse si se tienen; no darles crédito fácilmente.

Sal de tu tierra... Salid del medio de Babilonia...

Estas expresiones se pueden aplicar a nosotros, y en especial a las almas consagradas a Dios. No es posible salir del mundo, y como en él hay que vivir, lo que Dios quiere es que salgamos de él no en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al alma, en cuanto al afecto a las cosas terrenas y vanas y a todo aquello que puede ocupar el corazón y estorbar el servicio de Dios.

Hay que vivir en el mundo, pero sin ser del mundo. No hay que apegar nuestro corazón a las cosas transitorias, pues «*el aspecto de este mundo pasa rápidamente*» (1 Cor. 7,31). Hay que huir de las codicias, honras y deleites de este mundo.

Son muchos los consejos que da San Juan de Avila a

su dirigida doña Sancha Carrillo y para terminar este pequeño trabajo lo voy a hacer con lo que él dice a esta doncella de la vanidad de la n obleza del linaje y cómo no se deben gloriar de él lo que quieren ser del linaje de Cristo.

«No querría que os cegase a vos la vanidad que a muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal. Y, por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella dice San Jerónimo: «No quiero que mires a aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus detalles, y se deleitan en sus vanidades, y gloríanse en el cuerpo y en el origen de su linaje. Las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca, después del nacimiento divino, tendrían en algo la nobleza del cuerpo; y si sintiesen a Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne... Mas tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir».

«Lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias... Un cuerpo que nos dieron (y es tal este cuerpo que mancha al alma, que Dios crea, limpia e infunde en él)... Un cuerpo nos dieron lleno de mil necesidades, y sujeto a enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo... Un cuerpo, que, mirándolo por de fuera, blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo, que pluguiera a Dios que no hubiera más en él, que ser trabajoso y vergonzoso. Mas esto es lo menos; porque es el mayor enemigo que tenemos. Un cuerpo, que por tener él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a Dios, y echar el ánima en el infierno...»

¡Oh vanidad para burlar de los que de linaje presumen!, pues que todas las almas Dios las crea, que no se heredan; y la carne que se hereda es cosa para tener vergüenza y temor! Oigan los tales lo que Dios dijo a Isaías: «*Da voces. ¿Y qué diré a voces?,* dijo el profeta. El Señor le respondió: *Que toda carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo*» (Is. 40,6). Voces manda dar Dios, y aún no las oyen los sordos; los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida.

—No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida.

—La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, sino por ser cristiana;

—No es por nacer en la sala entoldada, sino por tornar a nacer en el santo bautismo.

—El primer nacimiento es de deshonra; el segundo es de honra.

—El primero de vileza; el segundo, de nobleza.

—El primero, de pecado; el segundo de justificación de pecados.

—El primero, de *carne que mata;* el segundo, de *espíritu que da vida* (Jn. 6,63).

—Por el primero somos hijos de hombres; por el segundo hijos de Dios.

—Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto a su hacienda, somos herederos cuanto a ser pecadores, y llenos de muchos trabajos; mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente heredero del cielo con Él; de presente recibimos el Espíritu Santo, y esperamos ver a Dios *cara a cara* (1 Cor. 13,12).

¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más por ser nacido de hombres, para ser pecador y

miserable, que por ser renacido de Dios, para ser justo y después bienaventurado?...»

En conclusión: No oigamos los lenguajes del mundo ni del demonio ni de la carne. «No os apeguéis al mundo ni a lo que hay en el mundo», porque «la escena de este mundo pasa rápidamente».

«Olvidad vuestro pueblo», no preciando vuestro linaje carnal, ni vida pecadora, no viviendo según el mundo, y una vez que habéis salido de él y de la fealdad del pecado, perseverad en vuestro estado de gracia, en ese estado que Cristo nos ha merecido con su pasión y muerte. Ya que Él vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15) y a que todos tuviéramos la vida sobrenatural de la gracia (Jn. 10,10), apreciemos este don divino que hermosea nuestras almas y las encamina a la vida eterna.

INDICE

El porqué de este libro 3
DOS BIOGRAFIAS EDIFICANTES
¿Quién fue San Juan de Avila? 5
¿Quién fue doña Sancha Carrillo? 6
APRENDER A VIVIR
Para saber vivir 9
¿Cuál será mi camino? 10
¿Cómo aprender a vivir? 11
La fe, fundamento de la vida sobrenatural 14
La transmisión de la fe 15
I. EL LENGUAJE DEL MUNDO
II. EL LENGUAJE DE LA CARNE
De los remedios para conservar la pureza; 20
1) Castigar la carne...................... 20
2) Buenas ocupaciones.................... 21
3) Evitar familiaridad de mujeres con hombres 21
Advertencias de San Juan de Avila en esta materia.............................. 23
Devota y ferviente oración.................. 26
Otros medios contra las tentaciones de la carne.. 27
La victoria contra las tentaciones de la carne.... 29

III. EL LENGUAJE DEL DEMONIO

¿Qué debemos hacer ante el lenguaje del demonio? 33
Otro lado del demonio: la desesperación 35
Dios está dispuesto a perdonarnos 37
Tentaciones contra la fe y cosas de Dios 39
Efectos de la bondad divina 41
Alerta contra el demonio 42
Creamos en Jesucristo 43
Sal de tu tierra... Salid del medio de Babilonia .. 43